

Mensaje 291

Montreal, Canadá, 5 de septiembre del 2014

La continuidad de pensamiento es la raíz de todas las contaminaciones mentales

Las contaminaciones mentales son, claramente: la culpa; la credulidad; la desesperada búsqueda de todo tipo de gratificaciones y glorificaciones; el huir de los hechos y los consiguientes enredos en caprichos y fantasías; la falta de percepción directa debida a nuestros paradójicos anhelos y ansias de poder y posesiones; la codicia; el miedo; la dependencia de los falsos sistemas de creencias de las podridas religiones. ¡Todo esto es la negación de la virtud, la vitalidad y la veracidad de la Vida, la negación de la consciencia sin división que es la Divinidad!

¿Es posible despertar a toda la situación de nuestra mezquina psique —de nuestra conciencia separativa— anteriormente mencionada sin las presiones y prejuicios del “yo”, del “mi”, sin el conocimiento prestado y las arengas de segunda mano de los charlatanes del mercado “espiritual” y “religioso”? ¿Es posible darnos cuenta de que cada uno de nosotros, como “mente” y como “mi”, somos a la vez sociedad e individuo, violencia y paz, placer y odio, miedo y ambición o agresividad, dominación y mansedumbre? A veces lo uno predomina sobre lo otro generando en nosotros un gran desequilibrio. Siempre hemos buscado escapar de todo esto a través de la cultivada fe en un dios, en un salvador, en un profeta, en *swamis*, *anandas*, *giris*, *babajis*, *matajis*, *saijis*, *maijis*, y así sucesivamente. Los sistemas de creencias —así como también los ateos sistemas comunistas, etc.— generan invariablemente violencia de múltiples crudas y sutiles maneras. ¿Es posible ser imparcialmente consciente de todo esto para que acontezca una mutación en la sagrada dimensión de la espontánea claridad interior, sin las repugnantes actividades del “yo”, “yo”, “yo, del “tú”, “tú”, “tú”, sin la emergencia del “nosotros”, “nosotros”, “nosotros” y el “ellos”, “ellos”, “ellos”?

Casi todos hemos visto dibujos animados. Cuando no existían los ordenadores, los dibujos animados se diseñaban a mano. Las secuencias eran dibujadas a mano y luego eran proyectadas sucesiva y velozmente para proporcionar al espectador la ilusión del movimiento. Incluso las películas eran producidas usando el mismo principio, siendo por ello llamadas “imágenes en movimiento”. Esta ilusión operaba en base a que el cerebro percibe el conjunto como un movimiento continuo y no como discontinuidades.

Un proceso muy similar ocurre en la dimensión interior que da lugar a la ilusión del “yo”, del “pensador”. El pensamiento es, por naturaleza, impermanente. Tiene un principio y un final. Pero el pensamiento parece ser continuo dando lugar al pensador, al “yo”, debido a su rápido movimiento. Entonces, dicha ilusión se convierte en el “alma” y todas esas mierdas del mercado espiritual y religioso con todos sus reflejos condicionados.

Sin embargo, el pensamiento sabe que si los huecos son ensanchados, la ilusión puede desaparecer porque requiere otras ayudas para fortalecer y perpetuar el “yo”. Por eso, el “yo” trata de acumular fama, riqueza, poder, conocimiento, amigos y así sucesivamente, para que así el pensamiento permanezca ocupado con ellos sin tener que discontinuarse por un período significativo de tiempo. E incluso así, el pensamiento no se siente satisfecho y busca una mayor permanencia. Pensamiento y pensador se imaginan un “dios”, “otra vida”, el “cielo” o el “infierno” para mantener su continuidad tras la muerte del cuerpo.

La auténtica divinidad se halla entre los pensamientos. Si las brechas entre pensamientos son lo suficientemente prolongadas podremos descubrir que el pensador es una ilusión. Sin embargo, esto no puede ser visto en el momento en que no hay pensamiento; lo comprenderemos cuando el pensar se restablece. Esta brecha es un estado de “ausencia de pensamiento”, de “ausencia de experiencia” y la auténtica comprensión surge en ese estado que es, en realidad, un estado de ausencia de conocimiento alguno, porque la comprensión que puede ser verbalizada es de nuevo una actividad del pensamiento.

Pero el pensamiento teme estas brechas. Hará todo lo posible para evitarlas. Si —mediante la comprensión, la contemplación de todo el proceso— dejamos de temer ser vulnerables, de desaparecer, todos los conflictos de la humanidad cesarán para que la Compasión sea. Entonces podremos morir a cada instante para resucitar a cada momento. ¡Y esa es la verdadera vida!

La ocasional discontinuidad del movimiento pensante da lugar a una profunda percepción de la divinidad en el ser humano, la cual es una exhuberancia existencial hallándose fuera del dominio de nuestra estúpida estructura experiencial egoica.

¡Gloria a la exhuberancia existencial!